



BENJAMIN
BALINT

EL ÚLTIMO
PROCESO
DE KAFKA

El juicio de un
legado literario



Ariel

Benjamin Balint

El último proceso de Kafka

El juicio de un legado literario

Traducción de Joan Andreano

Ariel

Título original:

Kafka's Last Trial: The Case of a Literary Legacy

Primera edición: noviembre de 2019

© 2018, Benjamin Balint

© 2019, Joan Andreano Weyland, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3147-8

Depósito legal: B. 20.064-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

1. La última apelación	11
2. «Veneración fanática»: el primero en caer ante el em- brujo de Kafka	24
3. El primer proceso	41
4. Flirtear con la Tierra Prometida	58
5. Primer y segundo juicios	79
6. El último hijo de la diáspora: el más allá judío de Kafka	95
7. La última cosecha: Kafka en Israel	111
8. El último deseo de Kafka, la primera traición de Brod	130
9. El Creador de Kafka	141
10. El último tren: de Praga a Palestina	150
11. El último funambulista: Kafka en Alemania	162
12. Laurel y Hardy	179
13. El último amor de Brod	194
14. La última heredera: vender a Kafka	207
15. El último proceso	214
<i>Epílogo</i>	227
<i>Agradecimientos</i>	237
<i>Notas</i>	239
<i>Bibliografía</i>	277
<i>Índice temático</i>	301

La última apelación

*Tribunal Supremo de Israel, calle Shaarei Mishpat 1, Jerusalén
27 de junio de 2016*

La palabra *sein* significa en alemán ambas cosas:
«existir» y «pertenecerle a él».

FRANZ KAFKA,
Consideraciones acerca del pecado, aforismo 46

Una mañana de verano, en Jerusalén, Eva Hoffe, de ochenta y dos años de edad, estaba sentada con las manos aferradas a la curvada madera de un banco en un apartado del vestíbulo, de alto cielorraso, del Tribunal Supremo de Israel. A fin de que pasara el tiempo hasta su vista, un amigo que había venido a prestarle apoyo hojeaba un ejemplar del diario *Maariv*. En general, Eva evitaba a la prensa; la enfurecían las mentiras generadas por periodistas decididos a retratarla como una excéntrica «anciana de los gatos», una oportunista que intentaba ganar dinero fácil con tesoros culturales demasiado importantes para permanecer en manos privadas. Un titular en grandes letras rojas de la portada llamó su atención. «Incluso van a subastar un mechón de pelo de David Bowie», dijo con un punto de indignación. «Sí, como si se tratara de una reliquia religiosa», respondió el amigo.

Aquel día se decidiría el destino de otro tipo de reliquia. Tres meses atrás, el 30 de marzo de 2016, Eva se enteró de que

el Tribunal Supremo había accedido a oír su caso, «dada su importancia pública». Cosa rara, el caso de Eva no aparecía en la agenda pública del tribunal junto a los demás casos del día. Una pantalla digital a la entrada del vestíbulo del Tribunal Supremo anunciaba su vista tan solo como Anónimo vs. Anónimo.

Eva había llegado con casi una hora de antelación; quizás no hubiera visto la pantalla al entrar. En cualquier caso, el anonimato hoy la eludiría, por mucho que lo deseara. Una batalla de ocho años por una custodia llegaba a su punto álgido. Las fases previas del juicio (llenas de dilemas legales, éticos y políticos) habían aparecido en la prensa israelí e internacional conforme las vistas iban pasando por el Tribunal Familiar de Tel Aviv (septiembre de 2007 a octubre de 2012) y el Tribunal de Distrito de Tel Aviv (noviembre de 2012 a junio de 2015). Desde su inicio, el caso había enfrentado los derechos de propiedad privada contra los intereses públicos de dos países: ¿pertenece la herencia del escritor de Praga, en lengua alemana, Max Brod (1884-1968) a Eva Hoffe o a la Biblioteca Nacional de Israel? ¿O estaría mejor alojada en el Archivo de Literatura Alemana de Marbach, Alemania? Lo que había en juego era más que la herencia de Max Brod, una figura antaño aclamada en la vida cultural de Europa central. Brod era el amigo, editor y albacea literario de otro escritor de Praga cuyo nombre personifica la literatura moderna: Franz Kafka.

La herencia de Brod incluía no solo sus propios manuscritos, sino también montones de papeles originales de Kafka, tan frágiles como hojas de otoño. Noventa y dos años después de la muerte de Kafka, esos manuscritos ofrecían la posibilidad de arrojar nueva luz sobre el sorprendente mundo del escritor que acuñó un estilo inimitable e inmediatamente reconocible de realismo surreal, y que esbozó las fábulas más indelebles del siglo xx acerca de la desorientación, el absurdo y la tiranía sin rostro: el escritor, único, cuyo nombre se había convertido en adjetivo. La improba-

ble historia de cómo los manuscritos de Kafka habían acabado en manos de la familia Hoffe implicaba a un escritor por entonces no reconocido pero genial; su mejor amigo, que traicionó su último deseo; una angustiada huida de la invasión nazi conforme las puertas de Europa se cerraban; un lío amoroso entre exiliados en Tel Aviv, y dos países cuya obsesión por superar los traumas del pasado los acabarían enfrentando, aquel día, en el Tribunal Supremo. Por encima de todo, el juicio abría otra pregunta, tremendamente peligrosa: ¿a quién pertenece Kafka?

Eva, que se encontraba en el ojo del huracán, había nacido en Praga el 30 de abril de 1934, una década después de que enterraran a Kafka en el cementerio judío de la ciudad. Tenía cinco años cuando huyó con sus padres, Esther (Ilse) y Otto Hoffe, y su hermana Ruth de la ciudad, ocupada por los nazis. Me enseñó fotos de su madre Esther en Praga, una hermosa joven con su mascota, un gran danés llamado *Tasso* en honor al poeta italiano del siglo XVI, famoso por su poema *Jerusalén liberada* (1581). «También uno de mis gatos se llama *Tasso*», me dijo Eva.

A su llegada a Palestina, Eva acudió a la escuela en Gan Shmuel, un kibutz cerca de la ciudad septentrional de Hadera, y luego estudió hasta los quince años en un internado agrícola en la Aldea Juvenil Ben Shemen, en el centro de Israel. Su profesora preferida, la artista Naomi Smilansky (1916-2016), la tomó bajo su protección. Pero su época en Ben Shemen estuvo marcada por la soledad. «Extrañaba muchísimo mi casa y lloraba casi todas las noches», me contó. Con el estallido de la guerra de Independencia de Israel,* en 1948, y con Ben Shemen asediada por fuerzas de la Legión Árabe, evacuaron a Eva y a los demás en autobuses blindados. Eva completó su educación en Tichon Hadash, la escuela secundaria de élite progresista de Tel Aviv. Allí floreció gracias a

* Guerra árabe-israelí de 1948; para los israelíes, guerra de Independencia de Israel. (*N. del T.*)

la atención que le dispensó la directora Toni Halle (1890-1964), nacida en Alemania y amiga de Gershom Scholem desde los años de universidad.

Tras la guerra, Eva sirvió en una unidad Nahal de las Fuerzas de Defensa de Israel. Esas unidades, bajo el mando de los Cuerpos de Juventud y Educación, combinan voluntariado social, organización comunitaria, agricultura y servicio militar. Tras completar su servicio, optó por estudiar musicología en Zúrich. Sin embargo, antes de acabar sus estudios regresó a Israel, en 1966, en parte para calmar la ansiedad de su padre Otto ante el inminente estallido de hostilidades entre Israel y sus vecinos árabes. «Él tenía un miedo atroz a la guerra —me dijo—. Temía que nos masacrarían.»

La guerra de los Seis Días estalló en el verano de 1967. Durante seis días, Eva caminaba hasta el Café Kassit, en la calle Dizengoff de Tel Aviv, donde se tomaba un *espresso* en alguna de las diminutas mesas de la terraza, junto a los seis paneles que Yosl Bergner había pintado para el local, con figuras de marionetas de arlequines y músicos. El establecimiento era un punto de encuentro y de cotilleo para bohemios de pelo largo, intelectuales sin dinero, vendedores ambulantes y la élite de las Fuerzas Armadas, incluido Moshé Dayán. El mayor Ariel Sharon, posteriormente primer ministro, una vez reprendió a un suboficial: «Pasas el tiempo en Kassit y no paras de hablar acerca de nuestras operaciones a periodistas del *Haolam Hazeih* (un semanario publicado por Uri Avnery)». ¹ Todo aquel que era alguien, decía Uri Avnery, uno de los habituales de la cafetería, «frecuentaba a los demás, y en el contacto mismo había inspiración». Y todos los días Eva llevaba a casa fragmentos de conversaciones escuchadas, noticias sobre el progreso de la guerra. Su padre recibía con desconfianza sus informes de victorias israelíes.

Tras la guerra de los Seis Días, Eva enseñaba música y ritmo a niños de primero y segundo de primaria, y disfrutaba de sus improvisaciones. Sin embargo, al año siguiente sufrió una pérdida doble: su padre y el escritor Max Brod, un inmi-

grante procedente de Praga y una figura paternal para ella, murieron en un plazo de cinco meses. Se dio cuenta de que ya no disfrutaba ni tocando ni enseñando música.

Con Eva de duelo, el poeta y compositor israelí Haim Hefer, otro habitual de la cafetería Kassit, la recomendó para un trabajo en El Al, la aerolínea israelí. Durante las siguientes tres décadas trabajó como miembro del personal de tierra. «No quería ser azafata —dijo— porque quería estar cerca de mi madre.» En cambio, desarrolló un gusto casi infantil por el rugido de los motores de los aviones; por ver a los señaleiros con sus chalecos reflectantes y sus protectores auditivos guiando a los aviones con sus toletes iluminados hacia sus puertas. Se retiró a los sesenta y cinco años, en 1999.

En ningún momento, durante esos años en El Al, sintió el deseo de volar a Alemania. «No podía perdonar», dijo. Tampoco se casó. «Cuando oí lo mal que hablaba Felix Weltsch [un amigo de Kafka que huyó de Praga a Palestina con Max Brod] de su mujer, Irma, supe que no quería casarme.» En paz con la ausencia de hijos, prefirió vivir en una especie de simbiosis con su madre Esther (y los gatos de ella) en su atestado apartamento de la calle Spinoza de Tel Aviv.

Eva Hoffe se movía en los círculos intelectuales de Tel Aviv (y contaba entre sus amigos con el poeta hebreo, nacido en Berlín, Natan Zach, y el artista Menashe Kadishman), pero nunca pretendió ser ella misma una intelectual. Me confesó que no había leído muchos de los libros de Brod. Eva no tenía hijos; obtenía su apoyo de un círculo de devotos amigos que la adoraban. Tres de ellos se apretujaban ahora con ella en un rincón del vestíbulo del Tribunal Supremo, esperando que comenzase la vista. «Pase lo que pase —le advirtió el que llevaba el diario—, no digas una palabra; no estalles.» Ella asintió y expresó su frustración por boca de otro: «Si Max Brod estuviese vivo —dijo imitando su voz—, vendría al tribunal y diría: *jetzt Schluss damit!* (“¡Ya está bien!”)».

Un novelista israelí me dijo una vez que veía a Eva Hoffe como «la viuda del fantasma de Kafka». Eva, acosada por la posibilidad de perder la herencia, había adquirido algo de la desesperación de los fantasmas, a la luz de la opacidad de la justicia. En la novela inconclusa de Kafka *El proceso*, el tío de Joseph K. le dice: «Sufrir un proceso es casi haberlo perdido». Aquel día, Eva nos contó que sentía sobre sus hombros el peso de una desesperación como esa. «Si esto fuera un juego de tirar de la cuerda, no tendría ninguna opción —nos dijo—. Me enfrento a oponentes inmensamente poderosos, inmensamente.» Se refería al Estado de Israel, que aseguraba que los manuscritos que su madre había heredado del amigo íntimo de Kafka no le pertenecían a ella, sino a la Biblioteca Nacional de Jerusalén.

El clamor de la vista previa se iba calmando. Era momento de que Eva, la cara pálida pero alerta, entrara en la sala. «Por lo que a mí concierne —dijo Eva mientras empujaba las pesadas puertas que separaban el tribunal del vestíbulo—, las palabras *justicia* e *imparcialidad* han sido borradas del vocabulario.»

En *El proceso*, las salas del tribunal están a media luz. La sala Jerusalén, en cambio, parece una capilla con su alto cielo raso, y sus paredes blancas y sin adornos reflejan la luz del sol. No hay ni lujos ni dorados. El rectilíneo edificio, encargado por la filantrópica londinense Dorothy de Rothschild, está recubierto de piedra de Jerusalén. Lo corona una pirámide revestida de cobre, inspirada en la antigua tumba del profeta Zacarías, el monumento tallado en la roca madre del valle de Cedrón, en Jerusalén Este.

Había nueve abogados con togas negras sentados en una mesa semicircular. Estaban allí para dar voz a las tres partes, no necesariamente iguales, de la disputa: la Biblioteca Nacional de Israel (que gozaba de la ventaja de campo, por así decirlo, dado que el proceso se resolvía en terreno israelí); el Archivo de Literatura Alemana de Marbach (que tenía la ventaja de poseer recursos financieros de una magnitud

no imaginable por las otras dos partes) y Eva Hoffe (quien, al menos hasta aquel momento, estaba en posesión física del botín que los demás codiciaban). Todas las partes se habían involucrado en la polémica por medios legales, y todas ellas (y, a su vez, los jueces) fluctuaban entre dos registros retóricos: el legal y el simbólico. El procedimiento legal prometía arrojar luz sobre cuestiones de duradera importancia para Israel, Alemania y la aún frágil relación que había entre ellos. Tanto Marbach como la Biblioteca Nacional habían expresado ante el tribunal su preocupación por los pasados de sus respectivos países (aunque de modos muy diferentes); ambos buscaban utilizar a Kafka como trofeo para honrar esos pasados, como si el escritor fuese un instrumento de sus respectivos prestigios nacionales.

Los abogados, de espaldas al público, se enfrentaban a un grupo de tres jueces que se sentaba en el estrado: Yoram Danziger (un ex abogado mercantil) a la izquierda; Elyakim Rubinstein (antiguo fiscal general) en el centro, y Zvi Zylbertal (exjuez del Tribunal de Distrito de Jerusalén) a la derecha. Estos eran los hombres encargados de evaluar la legitimidad de las reclamaciones y los límites de esa legitimidad.

Eva se sentó sola en primera fila. Meses atrás me la había encontrado en la calle Ibn Gvirol, en Tel Aviv, no muy lejos de su apartamento. Parecía estar vagabundeando, sola y abandonada. Hoy la expresión de su cara, salpicada de puntitos de melanina, era de suma atención y lucidez. Se sentó junto a su abogado, Eli Zohar, un litigante de sorprendente éxito y múltiples conexiones que representaba a ejecutivos, oficiales de alto rango del ejército israelí, a pesos pesados de la industria militar israelí y el Shabak (el servicio de seguridad interna de Israel) y, con algo menos de éxito, al antiguo primer ministro de Israel, Ehud Ólmert (este, condenado por corrupción en 2012 y por sobornos en 2014, comenzó a cumplir una sentencia de diecinueve meses de prisión en febrero de 2016). Eva había cambiado de abogados varias veces en los últimos ocho años: antes de

escoger a Zohar, la habían representado, en diversas fases del proceso, Yeshayahu Etgar, Oded Cohen y Uri Zfat. Eva me dijo que había dado a Zohar su apartamento como aval de pago en caso de que ella muriera antes de que concluyera el juicio.

Zohar, con su escaso pelo peinado de lado, su toga negra perfectamente perpendicular al suelo encerado, se aclaró la garganta y habló con distante cortesía: directo, sin alardes. Con firme voz de barítono, comenzó diciendo que el tribunal no tenía por qué tomar una decisión. La sentencia, en efecto, se había pronunciado cuatro décadas atrás. Cuando Franz Kafka murió de tuberculosis en 1924, a un mes de su cuadragésimo primer cumpleaños, su amigo íntimo y defensor Max Brod (un prolífico y aclamado autor por derecho propio) impidió que se cumpliera la última orden de Kafka: quemar todos sus manuscritos, diarios y cartas no publicadas. En lugar de hacerlo, Brod recuperó los manuscritos y dedicó el resto de su vida a canonizar a Kafka como el más profético (y perturbador) cronista del siglo xx. Cuando Brod murió en Tel Aviv, en 1968, esos manuscritos pasaron a su secretaria y confidente, Esther Hoffe, la madre de Eva.

En 1973, cinco años después de la muerte de Brod, el Estado de Israel llevó a juicio a Esther Hoffe por la posesión de los manuscritos de Kafka que había heredado. El caso se llevó ante el juez Yitzhak Shilo, del Tribunal de Distrito de Tel Aviv. En enero de 1974, el juez Shilo dictaminó que el testamento de Brod «permite a la señora Hoffe hacer con su herencia lo que le plazca durante su vida».

Invocando este precedente, Zohar argumentó ante los jueces que, con todo respeto, este proceso era innecesario; no había necesidad alguna de volver a litigar un caso que había dado a Esther el derecho a lo que ya tenía.

El argumento no acabó de convencer al juez Rubinstein. Con modales de director de escuela y aires de omnipotencia, ató en corto a Zohar: «Por favor, que el caballero coja al

toro por los cuernos. No podemos dedicar mucho tiempo a la sentencia del juez Shilo, que ya hemos leído. Que el caballero proceda».

Impertérrito, Zohar intentó otro ángulo. ¿Por qué razón, preguntó, deberían las herencias de Kafka y Brod pasar a la Biblioteca Nacional de Israel, una institución que de modo manifiesto carece de expertos en literatura alemana?

La cuestión, interrumpió el juez Zylbertal desde el lado derecho del estrado, no es tanto que la biblioteca pueda servir a expertos como que pueda alojar material y facilitárselo a estudiantes y académicos que deseen consultarlos.

El abogado Yossi Ashkenazi, designado por el tribunal como ejecutor de la herencia de Max Brod, se levantó. Era joven y de modales menos suaves que Zohar, y su estilo era más directo. Brod había otorgado a Esther Hoffe la elección de cómo y a quién entregar los manuscritos, sostuvo, pero no el derecho a pasar esa elección a sus herederos. Brod «no quería que las hijas [de Esther] lidiaran con el asunto».

Eva bajó sus ojos azules y negó con la cabeza, moviendo ligeramente su largo cabello. Pero reprimió cualquier otro signo de enfado.

La enorme cabeza calva del abogado Meir Heller, que parecía pulida de tan brillante, surgió a la vista desde la esquina derecha. Heller, que había representado a la Biblioteca Nacional de Israel durante los ocho años de batalla legal, se acercó tambaleante. Culpó a Esther Hoffe de impedir que los investigadores tuvieran acceso a los manuscritos que mantuvo bajo llave durante décadas y aconsejó al tribunal que acabase con esa insostenible situación. Cientos de investigadores acudían cada año a la Biblioteca Nacional para consultar los miles de archivos de autores judíos que posee, dijo, y expresó el deseo de que los papeles de Kafka, rescatados por Brod, hallaran pronto su justo lugar entre ellos. Lo que subyacía tras esta argumentación estaba claro: Kafka, un escritor de literatura judía en una lengua no judía, pertenecía al Estado judío.

«El intento de representar a Kafka como un autor judío es ridículo —me dijo Eva una vez—. No amaba su condición judía. Escribía desde su corazón, hacia su interior. No tenía un diálogo con Dios.» Pero ni siquiera quienes lo consideraban un autor judío, añadió, podían deducir de ello, de un modo justificable, nada acerca del «lugar correcto» para su legado literario. «Los archivos de Natan Alterman están en Londres; los de Yehuda Amichai, en New Haven —dijo, refiriéndose a dos de los poetas más admirados de Israel—. ¿En nombre de qué ley deben los archivos de un escritor judío quedarse en Israel?» Conforme ella hablaba, noté cómo cambiaba de registro al hablar de «amor» y «ley».²

Por supuesto, Amichai había tenido el lujo de decidir en vida a dónde irían sus papeles; Brod ya no puede comunicarnos sus preferencias. El trato póstumo de sus archivos literarios (*Nachlässe* en alemán) no es lo mismo que la adquisición de documentos de autores vivos (*Vorlässe*). Pero el argumento de Hoffe tenía paralelismos en muchos otros lugares. Por ejemplo, el novelista británico Kingsley Amis (1922-1995) señaló una vez que tenía poca paciencia hacia la opinión de que los manuscritos de autores británicos tenían que permanecer en Gran Bretaña. Tampoco tenía reparos en que sus propios papeles abandonaran Inglaterra:

Venderé cualquiera de mis manuscritos al mejor postor, siempre que sea de buena reputación, y me importa muy poco su país de origen. Me parece tan poco incongruente que la Tate Gallery tenga una gran colección de Monets (por decir algo) como que la Universidad de Búfalo tenga una colección de los manuscritos de Robert Graves [poeta y novelista inglés].

En 1969 Amis vendió una caja y media de manuscritos al Centro de Humanidades Harry Ransom de Texas.³ Quince años más tarde, vendió el resto de sus papeles y derechos de futuros papeles a la Biblioteca Huntington de San Marino, California, que también alberga una de las mejores

colecciones de ediciones primitivas de otro escritor inglés: William Shakespeare.

Cuatro días antes de la audiencia que se estaba llevando a cabo en Jerusalén, el Parlamento alemán ofreció en Berlín un ejemplo de cómo los Estados europeos estaban intentando acabar con este tipo de ventas. El 23 de junio de 2016, el Bundestag aprobó una polémica ley de protección del patrimonio cultural diseñada para mantener en Alemania obras consideradas «tesoros culturales» (definidos como «propiedad cultural nacional de importancia superlativa para la nación» cuyo extravío causara una «importante pérdida»). «La nación cultural alemana —dijo la ministra de Cultura, Monika Grütters— está obligada a coleccionar y conservar su patrimonio cultural.» Grütters desdeñó las preocupaciones acerca de que la ley sirviera para «nacionalizar» arte y bienes culturales en propiedad de ciudadanos particulares. «A mi modo de entender, protección no es lo mismo que expropiación.»

Conforme los abogados del tribunal israelí debatían dónde acababa la protección y comenzaba la expropiación, se iba perfilando claramente que el intento israelí de reclamar a Kafka para el Estado judío no dependía tan solo de afirmaciones acerca de su condición de judío, sino también de definirlo en cuanto a lo que no es: en otras palabras, un tesoro nacional alemán.

Meir Heller se sentó y el abogado Sa'ar Plinner se dirigió al tribunal con una cadencia entrecortada. Su cliente, el Archivo de Literatura Alemana de Marbach, dirigido por Ulrich Raulff, deseaba añadir las colecciones de Kafka y Brod a su lista de primera categoría de herencias literarias de prominentes escritores. Pero, como Plinner me contó más tarde, se encontraba restringido por las precisas instrucciones de Raulff acerca de qué decir y qué no decir para apoyar el derecho de Hoffe a vender la herencia a los alemanes. De momento, el Archivo de Literatura Alemana había sugerido que en Alemania se leería universalmente a Kafka (desde un

objetivo «punto de vista neutro», si es que algo así era posible) y que en Israel, donde existía la tentación de reducir a Kafka a un autor judío, se lo leería de un modo más idiosincrático y provinciano.

Ahora, conscientes de que habían carecido de tacto en fases previas del juicio, los directores del Archivo de Literatura Alemana preferían, en este crucial momento, pasar un poco más desapercibidos, hacer menos ruido. Por eso, y de acuerdo con sus instrucciones, Plinner se limitó a subrayar que, debido a la abundancia de material, intentos previos de inventariar el legado de Max Brod habían quedado incompletos. «A día de hoy, no creo que nadie sepa lo que hay allí», dijo.

Antes de que hubiese transcurrido una hora, el juez Rubinstein cerró el proceso. Se retiró, con sus colegas, a sus oficinas. Eva y sus amigos paseaban ansiosos por el vestíbulo. «¿Cuándo tendrán el veredicto?», preguntó alguien. Uno de los ayudantes de Eli Zohar replicó citando al exégeta bíblico medieval Rashi acerca del versículo «Y cuando mañana te pregunte tu hijo...» (Éxodo, 13.14): «Hay un mañana que significa mañana, y hay un mañana que significa en el mundo venidero».

Eva, que no era precisamente respetuosa, señaló que Eli Zohar parecía estar sufriendo un catarro de verano. «No ha tenido su mejor día», dijo. Pero en realidad parecía querer indicar que podía soportar la presión, que estaba hecha de material duro. Mientras abandonaba el vestíbulo y se dirigía hacia el puente que conecta el Tribunal Supremo con un estridente centro comercial al otro lado de la calle, dijo: «Aun así, contra toda esperanza, tengo esperanza. Al fin y al cabo, mi apellido es Hoffe (“esperanza” en alemán)».

Mientras se alejaba, pensé en la subversión de Kafka de aquel lema en latín referido a la obstinación, *dum spiro spero*: «Mientras hay aliento, hay esperanza». En su biografía de Kafka, Max Brod recuerda una conversación en la que Kafka sugería que los seres humanos no eran sino pensamientos

nihilistas en la mente de Dios. ¿Hay, entonces, alguna esperanza?, preguntó Brod. «Hay muchísima esperanza —replícó Kafka—, una cantidad infinita de esperanza... solo que no para nosotros.» Y mientras la pequeña silueta de Eva se perdía, me pregunté si Kafka, con su «pasión por hacerse insignificante», como dijo el escritor judío en lengua alemana Elias Canetti, temblaría debido al ansia de posesión que este proceso desnudaba y exponía. ¿Nos recordaría que aquello que poseemos nos puede intoxicar, pero que aquello que no poseemos nos puede intoxicar aun más?



Eva Hoffe junto a la tumba de Max Brod, Tel Aviv, enero de 2017
(foto: Tomer Appelbaum).